¿Son lo mismo la conciencia, el autoconocimiento y la identidad personal?

Juan José Sanguinetti

Draft presentado para su publicación en *¿Quiénes somos? Cuestiones en torno al ser humano*, M. Pérez de Laborda, F. J. Soler Gil y C. Vanney (eds.), Eunsa, Pamplona 2018 (publicación, pp. 96-100).

1. *La conciencia y sus relaciones.* La palabra *conciencia* tiene dos acepciones populares, una es la conciencia *moral*, o juicio personal sobre la bondad o maldad de nuestros actos, y otra es la conciencia *psicológica*, más amplia que la moral, que indica la auto-percepción de nuestros actos, ideas, sensaciones, emociones, estados físicos, etc., de tal modo que cuando gozamos de esa situación decimos que estamos despiertos, en estado de vigilia, y cuando no es así estamos dormidos o inconscientes.

La conciencia psicológica es una *operación cognitiva*, aunque puede ser también un estado más o menos habitual, que se mueve entre un *contenido intencional* y el *yo como su raíz o centro*. Así, cuando vamos por la calle y vemos cosas, el contenido son esas cosas que vemos, y la conciencia es la percepción de nuestros actos subjetivos de estar viendo, escuchando, etc., cosas externas, mientras que el yo es el centro subjetivo al que se refieren esos actos nuestros, pues reconducimos ese conjunto de elementos al yo que somos nosotros mismos como algo personal y unitario.

Estos tres elementos –*contenidos, actos, yo*– deben tomarse en conjunto dentro de un cuadro perceptivo global.

a) La atención se puede dirigir en primer lugar a los contenidos, o a algo que interesa de ellos, como cuando hablamos con alguien nos fijamos en él y de modo colateral oímos los ruidos de la calle, o bien se puede dirigir a nuestros actos o pasiones, si queremos advertir mejor cómo son, por ejemplo si notamos un dolor y queremos precisar cómo es y dónde está, o si hemos realizado un acto equivocado y reflexionamos para corregirnos.

b) En la auto-percepción de nuestros actos se admite también una amplia gama de aspectos, por ejemplo sensoriales (¿oigo bien? ¿veo bien?), intelectuales (¿cuáles son mis ideas, mis intenciones?), morales (¿he sido justo?), afectivos (¿estoy triste? ¿por qué?), aspectos que a su vez admiten subdivisiones. A veces eso que nos sucede o lo que hacemos no se toma como una operación o pasión singular, sino como un conjunto de cosas que experimentamos, a lo que llamamos *experiencia*, en el sentido psicológico de la palabra (experiencia de la amistad, del trabajo, etc.).

c) La cuestión del yo será tocada en el apartado siguiente. Un punto importante es distinguir entre la *conciencia sensitiva* y la *conciencia intelectual*. Los animales tienen sensaciones, percepciones, emociones, por lo que podemos decir que poseen también una conciencia animal o sensitiva (sufren, sienten hambre, se ponen ansiosos, etc.). Sin embargo, les falta la conciencia intelectual, que va unida a un conocimiento conceptual y a una experiencia directa del sujeto como tal, el yo, de modo tal que resulta posible auto-dirigirse (libre albedrío).

La conciencia humana asocia sensaciones y auto-percepciones –sentimos dolores, gustos, etc., como los animales– al conocer conceptual de lo que nos sucede, un conocer conceptual adquirido gracias al lenguaje aprendido en sociedad. Así, no solo recordamos algo, sino que nos damos cuenta de que lo recordamos, sabemos que se trata de recuerdos –personas, objetos, lugares, etc., con la capacidad de distinguir entre estas cosas–, y por eso podemos dirigir nuestros recuerdos en muchas direcciones (“ahora deseo recordar lo que hice ayer por la tarde”, etc.). En definitiva, la conciencia humana es *sensitiva e intelectual a la vez*. Al ser intelectual, puede expresarse en un lenguaje, con el que podemos narrar a otros lo que sucede en nuestra conciencia.

2. *Auto-conciencia, yo, identidad*. La aprehensión de nuestro yo, implícita en todo acto consciente, es intelectual, pero vivida y no abstracta, algo semejante, aunque distinto, a como captamos a otras personas. El yo se aprehende en los actos propios y exige estar despiertos, es decir, con los sentidos externos activados. A la captación de nuestro yo como tal se la suele llamar *auto-conciencia*. Se trata de un conocimiento metafísico vivido, no abstracto, que solo con premisas empiristas puede verse como problemático.

Todas las personas, si están sanas de juicio, saben quiénes son, es decir, captan su yo o su identidad personal, así como captan la existencia de las cosas del mundo. Ese yo comprende lo que ellas son, abarca los actos propios con el sentido de agencia (“soy yo

el responsable de esta acción”), y también el sentido de auto-pertenencia del cuerpo y sus partes (captar esta mano, este brazo, como *míos*). Nos percibimos en nuestra propia identidad a lo largo del tiempo, narrativamente, gracias a la memoria de corto y largo plazo. La auto-percepción del yo no se desintegra en el tiempo, aunque tenga sus limitaciones. No es una construcción, aunque los límites de nuestra memoria exigen que reconstruyamos nuestros recuerdos alejados. Para esto, como hemos dicho, se necesitan conceptos: no podemos decir lo que nos pasa emocionalmente si no tenemos alguna idea de la emoción que estamos viviendo, y esa idea la hemos aprendido socialmente.

Por *identidad personal* puede entenderse: 1) *quién es* alguien mientras vive; 2) la *conciencia* de quiénes somos, de la que hemos hablado arriba. Lo primero puede darse sin lo segundo. Somos personas, individuos de la especie humana, también mientras dormimos o estamos inconscientes, es decir, aunque no nos percibamos y quizá no podamos percibirnos por un defecto orgánico (por ser embriones, no todavía desarrollados, o por otros motivos neuropsicológicos). La persona, por tanto, no es igual a la conciencia de ser personas, ni al reconocimiento que hacen los otros de que somos personas.

Todo lo visto hasta aquí tiene su base neural, aunque en estas páginas no nos detendremos en este punto. Se ha de añadir, además, que la auto-percepción, con los detalles vistos, admite grados de claridad, es parcial, es falible, a veces puede ser defectuosa y, por fin, puede distorsionarse en casos patológicos, incluso en un grado muy alto. Esta variedad de posibilidades no quita valor de realidad y verdad a nuestra auto-conciencia, lo mismo que las ilusiones perceptivas o los errores de los sentidos no quitan valor epistémico al conocimiento sensible. Por ejemplo, podemos dudar si un recuerdo nuestro fue real o un sueño, o por ciertos trucos podemos engañarnos sobre si realmente hicimos algo, o si movimos realmente una parte del cuerpo, etc. Por otra parte, aunque nos percibimos, no aprehendemos todo lo que somos y nos sucede, y mucho de lo que somos –nuestro carácter, inclinaciones, virtudes, etc.– no es perceptible y no lo conocemos del todo. Existe una dimensión inconsciente muy amplia de nuestro psiquismo, con una parte accesible y otra inaccesible.

3. *De la conciencia al auto-conocimiento*. Lo dicho en las últimas líneas nos lleva al tema de la auto-cognición, que no se limita a la auto-percepción consciente, aunque esta es siempre su base. Una persona sabe, por ejemplo, que tiene un nombre, que es un ser humano, que es libre, de tal nacionalidad, que está casada, que es un profesor, que

está sana, que es joven, que es varón o mujer, que es miembro de una sociedad. Estos conocimientos sobre uno mismo, que contribuyen al sentido de la propia identidad, no son sin más percibidos como tales, sino que son inteligibles y *sabidos*, aunque sí pueden suponer cierta experiencia vivida y algunos de ellos, no todos, pueden relacionarse con sensaciones y percepciones, así como reconocemos a una persona anciana viéndola, pero también gracias a la noción de lo que es ser ancianos.

¿Cómo se producen esos conocimientos *sabidos* y *no percibidos* acerca de nosotros mismos? Porque hemos aprendido intelectualmente lo que significa, por ejemplo, ser francés, arquitecto, etc., y poseemos cierta experiencia recordada habitualmente, en la trama de las relaciones humanas, que nos permite inducir con suficiente seguridad que somos así y así. De este modo, el recuerdo de los estudios realizados y la posesión de un diploma son la base de experiencia para saber que tenemos un título profesional. Una vez que esto se sabe, queda como un conocimiento intelectual habitual. Sabemos cómo son las demás personas de un modo parecido.

Muchas cosas de lo que somos o nos sucedió las conocemos, por otro lado, gracias a lo que nos dicen los demás, o al menos esto sirve como confirmación de nuestros conocimientos propios. El influjo de la sociedad y de los demás sobre nuestra auto-cognición es evidente, aunque no ha de exagerarse. El modo como los demás nos ven, nos tratan, nos juzgan, influye sobre la imagen que tenemos de nosotros mismos, pero en convergencia con el conocimiento propio de lo que somos. Esto no quita que pueda haber casos de engaño y manipulación. Por ejemplo, alguien puede creer que es hijo de tal persona porque se lo han dicho y le han engañado, o alguno puede creerse inferior a como es, si los demás le subestiman.

Lo dicho arriba se refiere a la auto-percepción y auto-conocimiento “ordinarios” que tiene normalmente cualquier persona acerca de sí misma. Existe además un saber filosófico y científico –psicológico, neuropsicológico– acerca de lo que somos, y también el credo religioso añade elementos al auto-conocimiento, por ej., en la fe cristiana, remarcando la conciencia de que somos pecadores, pero también hijos de Dios. Estos conocimientos influyen, como es natural, en la idea y sentimientos que tenemos acerca de nosotros mismos.

4. *Auto-conocimiento, afectividad, auto-estima.* Si todo conocimiento de lo concreto conlleva una valoración y así genera una actitud emotiva, mucho más sucede

esto en el auto-conocimiento, sobre todo porque todos tienen una natural auto-estima o amor natural a sí mismos, y la misma percepción de nuestra existencia personal es gozosa, pues se capta como un valor o un bien, el bien que somos nosotros mismos. Sin embargo, como lo que somos, hacemos, sentimos, etc., posee aspectos buenos y malos – virtudes, éxitos, defectos, fracasos, etc.–, se comprende que el conocimiento de sí vaya siempre acompañado de alegrías, sorpresas, sinsabores, temores, esperanzas, etc., es decir, que en su conjunto la auto-cognición esté siempre teñida de afectividad. El “yo auto-cognitivo” es un “yo afectivo”. Además, tendemos a mejorar, a estar mejor, y en definitiva a ser felices, por lo que la auto-cognición comporta a la vez: 1) la estimación de cómo somos, que puede ser real, pero a la vez poco objetiva a causa del influjo pasional, o de otros factores, tanto en la línea de una supervaloración como de una minusvaloración, y 2) el ideal de cómo querríamos ser y estar en el futuro.

Las virtudes éticas, sobre todo la humildad y la sinceridad, al poner orden en nuestros afectos y conducta, ayudan al auto-conocimiento equilibrado y optimista, con esperanza de mejorar, más todavía que otros medios también valiosos para conocernos, como son los tests, para evaluar ciertas capacidades, o el refrendo del juicio ajeno acerca de cómo somos, sobre todo de los educadores y personas que nos aprecian.

El auto-conocimiento en la verdad de lo que somos, incluyendo la orientación al bien que necesitamos para completar nuestra existencia, es necesario no como un fin absoluto, sino por un motivo antropológico. Solo auto-conociéndonos, con nuestros límites, pero también nuestros ideales, podemos orientarnos en la vida. El auto-conocimiento no consiste en encerrarse en sí mismo. Al contrario, supone abrirse, sabiéndolo, a todas las dimensiones de la persona humana. El conocimiento de sí de la persona egoísta es falseado, porque produce opacidad sobre lo que ella es. La persona que sabe abrirse con generosidad a los demás, al bien trascendente que es Dios, se conoce a sí misma en su justa relación con la creación y el mundo de las personas, y así es capaz de corregirse y de orientar su praxis hacia los fines de la vida humana.

Bibliografía

Cory, T., *Aquinas on Human Self-Knowledge*, Cambridge University Press, Cambridge 2014.

Dehaene, S., *The Cognitive Neuroscience of Consciousness*, MIT Press, Cambridge (Mass.) 2001.

Dehaene, S., *Consciousness and the Brain*, Viking, Nueva York 2014.

Sanguinetti, J. J., Voz *Conciencia*, “Diccionario Interdisciplinar Austral”, 2017, C. Vanney et al. (eds.), <http://dia.austral.edu.ar/Conciencia#firstHeading>

Sanguinetti, J. J., *El conocimiento humano*, Palabra, Madrid 2005, pp. 149-176.

Van Gulick, R., voz *Consciousness*, “*The Stanford Encyclopedia of Philosophy*”, 2016, E. Zalta (ed.), <https://plato.stanford.edu/archives/win2016/entries/consciousness>

Zelazo, Ph. D., et al., (eds.), *The Cambridge Handbook of Consciousness*, Cambridge University Press, Cambridge 2007.